

UN RIO DE VIDA

Hacia la dulce llamada de la luz abro mis ojos con ternura. Me dicen que soy una filigrana de la naturaleza recién nacida, un rostro maleable movido por los reflejos del sol, un líquido sendero que se dibuja en la tierra con sus brazos extendidos como filigrana de plata, la premura del manantial que crece en primavera con la nieve más temprana, una línea ceñida a un diseño multiforme cortando en su trayecto la tupida pincelada azul verdosa en el recóndito paisaje de una arquitectura recompuesta, un hilo manso que sigue un abstracto entramado resumiendo la distancia en estricta disciplina.

Cuando sólo soy vapor de agua, cayendo de una llave imperfecta, anhele la grandeza de ser un torrente que brota de las entrañas de la roca, una plácida cortina que cae de una boca que bosteza con dientes de afilados cuchillos, una blanca cascada pintando su caída con la fuerza de cien caballos desbocados, una fuente de espumas de cristal siempre dócil al rumor del estanque. Después me transformo en un río que cumple los designios que le fija la angostura de sus márgenes, un lago manso como un vaso esférico e inmóvil, revertido en el marco fecundo del paisaje, el mar sin el mítico reproche de faunos y sirenas encadenados a impávidos corales, el océano sumido en la noche oscura con la plácida luna rayando sus costuras, la cuenca abierta y erosiva arrastrando los materiales a su fondo.

Todo lo soy, y a todo me pliego en cuanto cabe en mí. Antes de todo era una solitaria molécula de dos átomos unidos perdido en la nebulosa del tiempo, que remontaba el universo desde su cenit buscando el origen de la vida. Y ahora, cuando estoy dormido, sueño con cielos azules, arroyos surcando montes y veredas, olas inmensas sacudidas en abismos de soledad, el fragor de la tormenta cuando el trueno estalla y el relámpago tiembla. Sólo entonces llegué a comprender que estaba a merced de un horizonte de lluvia, de la nieve en la montaña cuando envuelve con su manto el crepúsculo o el amanecer del invierno, del hielo que cristaliza mis ritmos ondulantes del rocío que se despierta, del granizo de insensato rebote con su cuerpo de blanco ópalo, diáfano, geométrico, como esmalte fino y suave. Y voy, gota a gota, rodando entre el musgo, alisando la calcárea piedra, pues dentro de mí hay una inmensa fuerza que sueña con ser vida derramada por la vida. Mis aguas abren caminos, corren sin mirar atrás entre flores silvestres y sauces resecos, mientras contemplo, con estupor prestado, el ir y venir de las estaciones. Lejos de toda encrucijada, palpo mis huesos húmedos, anido en el costado que tibio me recoge, observo el mundo en torno a mí y busco dónde reposar mis ojos y mi boca, pues el tiempo no me da tregua y me hace rodar por la rugosa piel de la tierra, filtrándome por sus rendijas en un descenso inevitable.

A veces, soy tierno y bondadoso, me deslizo por quebrabas y barrancos allí donde la vida se desnuda, recorro fértiles valles, y a mi alrededor crecen los árboles sombreados por la brisa;

otras, bajo bravo, alocado, en atropelladas y ágiles cascadas, con la furia y el rencor de la violencia, con mi fuerza expresiva y placentera para sentirme libre entre la tierra que me acoge. Pero fui creciendo junto a la savia afilando en la escarcha mi perfil posesivo, templando mi latido con la voz prodigiosa que me dio el rumor de mi agua cristalina.

“El agua toma siempre la forma de los vasos que la contienen”. Eso dice la ciencia de mi peculiar condición. Debo resignarme en este estado, pues a cada instante mi forma se aniquila, desaparece, cambia de postura y contenido. Si ayer fui agua mansa, sosegada, y apenas me mostraba cilíndrico en las ánforas, hoy puedo ser impetuoso, inquieto, con la fuerza motriz iniciando mi caída. Y así, mi ser, que en su origen primigenio fue un líquido elemento puro y cristalino, hoy será la imagen de un estado multiforme que rebasa sus lindes con el barro, el tronco pulido y la arena disuelta de la roca.

Cuando los niños se me acercan, oigo sus risas inocentes junto a mis riberas; a ellos les cuento historias de ninfas y de sátiros, de gigantes y de gnomos que viven ocultos en el corazón del bosque. Y les hago escuchar una y otra vez el redoblar de la tormenta. Y les enseño a cortar las cuerdas de color del arco iris lanzando los guijarros en mi diáfana y plana superficie. Y les abrazo como una madre solícita que espere la llegada del hijo pródigo. Y les acuno cuando entran desnudos en mi solitario espacio recubierto.

En la noche, los amantes, apoyan con ternura sus ojos en los míos, me quiebran con el tacto de sus dedos, funden sus abrazos en la oscura piel de mis brillos fantasmales. La luna refleja en la distancia la pétreo silueta del arco de los puentes, y por sus ojos circulares, las enredaderas ascienden por los muros y fingen una luz brillante con sabor a memoria. Calla la música mi apacible lenguaje. Tan sólo el viento murmura sin conciencia dejando su huella en mis opacos espejos, acariciando mi blanda superficie como una mordedura de alimañas, penetrando en la cabellera ondulada que recorre el frescor de la alameda.

En la distancia he allanado las colinas, he bordado los pliegues del meandro, he consumido altas montañas, he aplanado llanuras de arcilla, para que en mi lecho, en mi compacto fondo, se depositara la vida con el limo del color ocre de la tierra. No hubo consigna que me anunciara. Fui, soy y seré pasajero inevitable que se abre hacia delante sin extravío. Nunca he estado separado de la tierra; crezco recostado sobre ella con mi cuerpo inestable a merced de la corriente salvando el desnivel. Como el tallo de una planta, absorbo el viento, atrapo la luz del sol en la penumbra, rescato el aguacero blanco del atardecer que se estira lámina a lámina, para seguir viviendo con la esperanza de convertir mi esencia en ramillete de rosas seducidas.

Soy la soledad y el silencio Soy el despertar para el deseo, para el barro del tiempo depositado en el hondo sedimento. Soy espacio consumido, disputa y añoranza., paisaje sonoro.

Soy un recuerdo imperecedero. Soy corazón desheredado cuando el hombre me embalsa o me derrama. Soy un simple río que recibe mil nombres: Júcar, Segura, Turia, Ebro, Duero, Guadalquivir... Puedo ser uno de ellos o cualquiera de sus ramas y afluentes. Todos tenemos un nombre distinto, pero un mismo nacimiento. La naturaleza nos dio la existencia de un líquido elemento surgido de las húmedas cisuras de la tierra, un diseño ceñido a su extensión y a la voluntad de un rumbo fijado hacia el final de la desembocadura.

También soy un oasis en mitad de la llanura. Por las lenguas de agua me paseo, me desbordo hacia el angosto valle, socavo las entrañas de la roca, dando en el remanso un refugio a la vida desatada. Entre la tierra, por arroyos y torrentes, me deslizo entre las sabinas, encinas y cañaverales, y observo el vuelo del águila y de la garza imperial. Por las lagunas de agua clara mi corazón llora desbordado cortando el paisaje con tallados huecos. Me encuentro con la vida, ¿o ya estaba en mí? Me pierdo en el recuerdo, hago memoria, y vuelvo a mi primera cascada, a un brazo de un manso río, a la luz deslumbrante que se filtra de la copa de los árboles que va descubriendo mi niñez más clara.

En mi lento peregrinaje, mi corriente crece entre tallos y raíces trepadoras desnudando a las sierras de sus viejas vestiduras; me vuelvo raíz, tronco, árbol, pradera, bosque, valle; desciendo por contornos imprecisos para huir de la tristeza; me silencio en las hondas quebradas y gargantas a modo de una penitencia; callo como el granito sin espinas; recorro pueblos distantes y olvidados marcando el pecho de las almas; voy tallando un surco curvilíneo con el corazón de un pájaro y el cuerpo de serpiente; planeo en el vacío con el proyecto soñado de los hombres en una ruta, hacia una encrucijada sin retorno posible.

Cuando estoy casi dormido, la brisa cercana me acaricia en un sueño de nubes vaporosas. Y esos sueños son lo que antes fui en el marco profundo de mis dominios terrenales: un frugal nacimiento en el venero, un cuerpo que se acrecienta en la vereda y choca contra pendientes sacudidas por abismos de soledad. Y escucho el fragor de la lejana tormenta bajo la luna llena que despunta entre las nubes con dificultad. Y con el temblor del relámpago en el aire, en un cielo hecho jirones, soy un niño que se estremece y se transforma. Ya no quiero despertarme. Mi líquido cuerpo se despereza y se deja llevar a su destino.

Día a día, derramaré mi sangre sin descanso, y en el transcurso de las estaciones estaré resignado a analizarme a cada paso, como en una anunciada despedida, respetando la vida más preciada o acariciando el costado de la muerte. En la orilla de otros húmedos ojos el caudal de la espuma arrebatará un nombre, una idea, una voluntad, un pensamiento, y se adentrará en la espesura del laberinto de la tierra después de un lento peregrinaje.

Mi vida no acaba bajo la tierra como si fuera un cautivo desarmado. Mis firmes partículas, apelmazadas notas de una melodía, hacen que la savia fructifique con mis dedos templados compartiendo las caricias. Las semillas conocen mi beso maduro cuando anidan en mi seno sosegadas, y al transformarse en flores y frutos, no olvidan que yo les di la vida. Mi corriente se regocija entre raíces trepadoras a la sombra de los tallos crecidos al rigor del viento. Mis sentidos emergen como luciérnagas que lloran entre gotas de lluvia.

Haré conjuros e invocaciones para preservar mis túneles secretos. Sellaré mis zonas fronterizas con un cáliz perfecto. Sedimentaré los aluviones en capas impermeables. Ofreceré el néctar jugoso de mis labios para calmar la sed de los mortales. Reinaré sobre los hombres con mi lecho de piedra. Dibujaré el perfil del paraíso para quien se acerque a mis riberas. Las alabanzas del hombre, milagro de mi esencia, las recojo sin lágrimas corruptas, con un eco suave en sus mejillas, pero el fruto no sabe nada de mí, sólo espera mi agua dulce que se fragua golpeándose en la arcilla, para que mi abrazo no mate su piel sedienta.

Hacia el mar me desago como una herida abierta. Ya sé que la distancia me destruye. Me despierto a tiempo para contemplar la labor tenaz de mi propia finitud. Lo sé, lo sé. Abrazar a la muerte no es fácil aceptarlo. Vivo en la más pura de las visiones cotidianas. Pero llegará la hora final de calladas renunciadas, de tener que reinventar el fondo de la memoria, de mezclar mis aguas limpias y dulces con otras turbias y saladas, de consumirme en un oscuro fondo al desembarcar en los océanos, de acallar mi rumor alegre con furiosos estallidos, de cesar el movimiento de mi uniforme corriente antes de que mi lecho se desangre, de clarear mis ojos con la luz de los espejos en la lámina inmensa de amplio contenido, de iniciar el remolino hiriente que da fin al cataclismo.

Y todo se disolverá en una llanura de agua, en una playa con gaviotas, en el crepitar de la espuma, en un batir de olas murmurando sin pausa contra la rompiente. Seré, como un naufrago perdido en la llamada de las islas sombrías, un dibujo difuminado en la memoria expresando en las ondas el cadáver del tiempo. Y no veré más mis fértiles campos, mis árboles verdes, mi cálido viento, mi cielo claro, mi lago oscuro, mi sol refulgente, mi luna partida, mis nubes blanquecinas, mis ondulados valles...;no seré nada, tan sólo un hueco vacío, una bruma que se esfuma con leve empeño a través de su velo fantasmal, donde la vida emerge y toda la hermosura se detiene. Leo mi suerte en esa nebulosa que pasa rápida entre las estrellas, y siento que aquí, en angostos pasadizos, en abruptos acantilados, entre renunciadas y aceptaciones, entre cortinas maleables de siluetas desguazadas, convergerán otros ríos de lugares diferentes, hasta fundirse todos ellos en una nueva agua luminosa y transparente, con la esperanza de quedar vivo un día más, en lo alto, en otra dimensión, con el vapor que transpira lágrimas de lluvia